

empezó la lucha de Inglaterra contra la liga anseática, y en 1497 desembarcó en la América del Norte el veneciano Cabot al servicio de Inglaterra, preludio del futuro poder mercantil de este país. Fernando el Católico trató de aliarse con la nueva dinastía de Inglaterra, como se había aliado con Portugal y con la casa de Habsburgo, y casó a su hija menor Catalina en el año 1501 con el príncipe de Gales, Arturo. Al ocurrir la temprana muerte de éste en 1502, su viuda fué prometida al príncipe Enrique, el nuevo sucesor presunto de la corona de Inglaterra, que efectuó sus bodas al suceder a su padre en el trono en 1509. Durante los primeros años de su reinado figuró el nuevo rey, Enrique VIII, entre los adversarios de Francia, pero en 1514 casó a su hermana María con Luis XII. Sucedió a éste Francisco I, cuyo carácter impetuoso obligó a todas las otras potencias a unirse y estar prevenidas. En estas circunstancias murió Fernando el Católico, y como ni su nieto y sucesor, ni los consejeros de éste podían presentarse en el consejo de las naciones con la autoridad y seguridad del difunto, se vió el gobierno inglés obligado a velar en su propio interés por que no se dislocara demasiado la situación política existente. La dirección de esta política cayó en manos de Tomás Wolsey, arzobispo de York, cardenal y legado del Papa y ministro principal ó canciller, hombre á la altura de su misión y bastante ambicioso para hacerse árbitro entre los Estados europeos y para ambicionar la tiara.

Las negociaciones y los arreglos pasajeros que se hicieron en los años siguientes, y permitieron, á falta de otro resultado, aplazar por lo menos toda nueva ruptura de hostilidades entre las potencias despues de la última campaña tan desgraciada del emperador Maximiliano, tienen todas las apariencias de meras comedias, como lo fueron el concilio de Letran y la pretendida cruzada contra los turcos.

Por lo pronto la situación general se presentó en el año 1516 muy favorable para Francia; el joven soberano de España, Carlos, ó mejor dicho el hombre que manejó en su nombre el gobierno, Guillermo de Croy, señor de Chievres, con grandísimo disgusto de Inglaterra y del emperador, buscó la amistad de Francia y la alcanzó á un elevado precio en el convenio de Noyon, firmado el 13 de agosto de 1516, y en el cual la corona de Francia cedió sus derechos sobre Nápoles á la princesa Luisa, hija de Francisco I, nacida poco antes. Se desposaba también á esta princesa con Carlos de España, que tan joven como era había sido desposado ya con varias princesas: cuando solo tenía dos años con una hija de Luis XII, mas adelante con María de Inglaterra (que luego se casó con el viejo rey de Francia), y posteriormente con Renata, la hija segunda de Luis XII.

Si poco formal y muy inseguro fué el proyectado y lejano enlace de Carlos con la hija de Francisco I, no lo fué mas la promesa de Carlos de dar á la reina de Navarra las satisfacciones razonables. El convenio de Noyon no impidió que, en octubre, entrara España con el Papa, el emperador y el gobierno inglés en una liga contra la Francia, y que en diciembre el emperador, aceptando aquel convenio, como dos años atrás había vendido á Módena al Papa por 40,000 ducados, vendiera á Verona, su última posesión en Italia, por 200,000 ducados á la república de Venecia, aunque indirectamente, para cohonestar esta operación deshonorosa. Casi al propio tiempo se pactó una paz «eterna» entre Francia y los suizos, si bien desentendiéndose una minoría de cantones de este pacto. El resultado de todos estos convenios fué que en el Norte de Italia dominaron sin competencia Francia y Venecia, porque el convenio secreto hecho en Cambray en marzo de 1517 entre Francisco I y Maximiliano, en que dividieron casi toda la Italia del Norte y del

Centro entre Francia y un nieto del emperador, fué una pura comedia de parte del rey de Francia, que contaba con la torpe y conocida credulidad del emperador.

En apariencia también el papado se presentó entonces otra vez á la cabeza de la cristiandad, nombre que servía para encubrir los intereses mas diferentes. En 16 de marzo de 1517 el concilio de Letran terminó sus sesiones, que habían empezado en mayo del año 1512; pero sin otro resultado notable mas que el arreglo del cisma francés, que por lo demás no había tenido otro objeto que favorecer intereses políticos. Además de la anulacion de la «pragmática sancion» del año 1438 y de la confirmacion de la bula *Unam sanctam*, el concilio lateranense trató de la reforma de la Iglesia, cercenando la situación privilegiada de las órdenes monásticas á favor de la autoridad episcopal, y renovando algunas disposiciones antiguas respecto de la provision correcta de prebendas, y otras concernientes á los sínodos diocesanos; pero estos decretos de reforma fueron en el fondo letra muerta, como el juramento de Leon X al ser elegido Papa de reformar la Iglesia desde la cabeza hasta sus mas últimos servidores. La única decision dogmática de este concilio condenando toda duda acerca de la inmortalidad del alma, fué una protesta contra los humos gentilicos de los hombres del Renacimiento, pero la impresion que causó á los contemporáneos la redacción de este decreto ó declaracion, no fué favorable al papado. También quiso este concilio introducir una censura general eclesiástica de todos los impresos; pero despues, en el discurso de clausura que pronunció un obispo italiano se dijo que el Evangelio (cuya propaganda aquella censura estaba destinada á impedir) era el manantial original de toda doctrina y santidad y que todas las criaturas debían proclamar la verdad del Evangelio.

Era una reminiscencia de otra época ya lejana la resolución del concilio de organizar una cruzada de toda la cristiandad contra los turcos, acaudillando la empresa el mismo Papa. Para hacer posible la participacion de todos, determinó el concilio que se proclamase una tregua ó suspension de las contiendas entre las potencias cristianas durante cinco años, en cuyo tiempo el Papa y los cardenales serían árbitros entre los contendientes.

Mirado de cerca el reinado de este Papa, que queria desempeñar el papel de árbitro entre las potencias europeas, ofrecía un espectáculo muy singular y muy poco conforme con su pretension. En el verano del año 1517 condenó á muerte á un cardenal que había conspirado contra su vida, y despojó á otros dos cardenales de cuanto tenían por ser cómplices del atentado; luego nombró 31 cardenales nuevos, lo que hizo entrar en sus arcas cientos de miles de ducados, porque el lujo de su corte, una nueva guerra con el desposeído duque de Urbino y el casamiento de su sobrino Lorenzo con una princesa francesa, devoraron sumas increíbles. El Papa, para recobrarlas, apeló á la venta de indulgencias y á la contribucion para la cruzada contra los turcos, empresa que el rey Enrique VIII de Inglaterra, en una conversacion que tuvo con el embajador de Venecia, declaró imposible mientras los príncipes cristianos no tuvieran mas pensamiento que el que tenían de arruinarse mutuamente; y toda persona inteligente había de ser de la misma opinion.

Los venecianos se apresuraron á renovar su paz con el sultan y á tener á éste al corriente de las negociaciones relativas á la cruzada, que si á alguien interesaba de veras, prescindiendo de los deseos fantásticos del emperador, era únicamente á Francisco I, el cual aprovechó la ocasion para hacer la paz con Inglaterra, con el pretexto de tomar parte las dos potencias en la cruzada. Conforme al convenio que firmaron el 2 de octubre de 1518, fueron desposados el pe-

queño heredero de la corona de Francia con la princesa María, hija de Enrique VIII, que devolvió á la Francia á Tournay á cambio de una crecidísima suma de dinero. En este convenio de paz entraron de mala gana el rey de España y el Papa. Todo era obra de Wolsey, que obtuvo con su política de paz varias ventajas importantes para su país. Los proyectos guerreros quedaron en el papel; solo Maximiliano continuaba insistiendo en su ilusion novelesca de figurar á la cabeza de la cruzada como «defensor de la Santa Sede, como cabeza de los príncipes laicos y como el hombre mas perito en asuntos de guerra.» Tres años debía durar la cruzada; en

el primer año Maximiliano se proponía pasar con su infantería alemana al Africa. En el segundo año, desde Argel pensaba pasar á Alejandría, donde se le unirían los demás ejércitos cristianos, para proceder todos unidos en el tercer año á la conquista de Constantinopla y Palestina, y dividir luego aquellos territorios entre los vencedores. El papa Leon expresó su júbilo al ver tan unidos á los potentados cristianos y envió al viejo emperador por medio de un legado un yelmo y una espada benditos. En el parlamento de Augsburgo se hizo la solemne entrega de estas armas el 1.º de agosto de 1518.



Francisco I, rey de Francia (según un cuadro anónimo de la época)

Para comprender el éxito completamente negativo que el llamamiento del Papa á la guerra encontró en Alemania, presa entonces de feroz anarquía y madura ya para ser botín de un extranjero, debemos echar una mirada sobre la situación interior del imperio.

Ilusionados estaban el Papa y el emperador procediendo como si el mundo se hallase todavía en la época de Bernardo de Claraval y de Federico Barbaroja. Los potentados alemanes solo vieron en el altisonante llamamiento del Papa y de Maximiliano un pretexto para sacarles dinero; y al reunirse el parlamento circuló un impreso anónimo, dirigido á los príncipes alemanes, que les aconsejaba no se dejaran engañar por las torpes mañas del florentino; que no buscaran á los turcos en Asia sino en Italia, y les decía que el producto del impuesto de la cruzada y de las indulgencias no estaba destinado á servir contra los infieles ni para la nueva iglesia de San Pedro, sino solo al sobrino del Papa Lorenzo de Médicis. Hasta las intenciones del emperador fueron puestas en

duda. El cardenal legado, Cayetano, hizo saber en vano al parlamento que el Papa nada queria para sí del impuesto de la cruzada; que se había de componer de la décima parte de las rentas del clero, la vigésima parte de las rentas de los laicos acomodados y la cincuentésima parte de las ganancias de los pobres, y que dejaría que los mismos alemanes administrasen el dinero recaudado. Por su parte el emperador amenazó á los que no pagaran con declararlos fuera de la ley; pero esto produjo todavía mayor desconfianza, y los miembros del imperio se limitaron, como si se burlasen, á proponer que durante tres años pagara toda persona al comulgar la décima parte de un florin (1). Al propio tiempo el parlamento expuso en términos duros las quejas que los alemanes tenían de la curia romana, como los escándalos de los *cortesanos*, las extorsiones de toda clase, las annatas, los pallios, las confirmaciones, las expectativas ó promesas de vacantes, las reservas, é innumerables otros pretextos de sacar

(1) Un real de vellón aproximadamente.